

## GÉNESIS DEL PRESIDIO COMO INSTITUCIÓN FRONTERIZA, 1569-1600 \*

PHILIP WAYNE POWELL

La primera frontera histórica de Norte América, es decir, el confín más antiguo del avance de la civilización al interior del continente, nació a mediados del siglo xvi, en el tropel de “los hombres del cuarenta y nueve”, *Forty-Niners*, que siguió al descubrimiento de las ricas vetas de Zacatecas. Tal momento dramático, sembrado de hallazgos argentíferos en los años de 1546-1548, inició una serie de fronteras novohispanas que con el tiempo llegarían hasta Nuevo México, Texas y la Alta California. Esta bonanza puso en movimiento una incesante migración de pioneros españoles, indios, negros y sus mezclas, en busca de oportunidades para asentar sus nuevos hogares en la tierra adentro. Fue un movimiento hacia el norte que se puede llamar mexicano —movimiento que aún no se ha interrumpido—; un “destino manifiesto” similar a la posterior expansión de Angloamérica hacia el Oeste.<sup>1</sup>

Esta frontera seminal, la primera no vinculada a canales oceánicos o a estrategia marítima, fue llamada de la Gran Chichimeca, o de la Provincia de los Chichimecas, nombre genérico dado a las primitivas, nomádicas y muy desnudas gentes que comerciaban, cazaban y se querrellaban en Aridamérica. Por el oriente, los nuevos confines se extendían desde Querétaro hasta Saltillo; por el occidente, desde Guadalajara a Durango; al sur, las correrías trazaban el “Arco Chichimeca” que se curvaba desde Querétaro y Michoacán hasta el Lago de Chapala y Guadalajara. Los dos corredores costeros —la Huasteca-Pánuco al oriente, y en el oeste Sinaloa— bordeaban la planicie principal, en donde se ubican las sierras repletas de plata que habi-

\* Traducción de un artículo titulado “Genesis of the Frontier Presidio in North America”, publicado en *The Western Historical Quarterly*, abril 1982, xiii, n. 2.

<sup>1</sup> Cronistas y otros autores contemporáneos frecuentemente describieron esta primera frontera como “en el oeste” y, en realidad, vista desde la capital virreinal, estaba tanto en el oeste como en el norte. Así es que con mucha anterioridad a los más famosos “anglos” del siglo xix, los fronterizos del siglo xvi de México constituyeron los primeros *westerners* del continente. Sin embargo, ese avance español-mexicano generalmente se dirigió más hacia el norte que hacia el oeste, y así siempre se considera como un “movimiento septentrional”.

taban las principales naciones chichimecas. Los litorales marítimos se vinculaban con el interior por cierta similitud en la manera de pelear y de hacer la paz, y con frecuencia estaban atados a la política formulada para la Gran Chichimeca.

El impulso hacia el norte de los *Forty-Niners* y sus seguidores, espoleó a los primitivos chichimecas a una verdadera fiebre de mero-deo, con el inán de las mercancías que por sus tierras pasaban, especialmente de la ropa, no sólo la que acarreaban sino la misma que llevaban puesta los intrusos, cuyas cabelleras constituían bellos trofeos, y que estaban tan pobremente defendidas como las provisiones. Así dio comienzo la Guerra Chichimeca (1550-1590), el más largo, continuo y destructivo conflicto entre fronterizos guiados por europeos e indios primitivos. Tal conflicto constituyó una grave tensión para las sucesivas administraciones virreinales en la Nueva España, y una lucha de vida o muerte para los que vivían o viajaban por allí. La defensa y represalias contra los chichimecas no resultaron efectivas en esencia, y tan desalentadoramente costosas que al final se recurrió a una "paz comprada" por parte de los capitanes de la frontera, política aprobada por el gobierno y apoyada por los desembolsos de la tesorería para alimentos, provisiones y dinero. Esta Paz Chichimeca (1590-1603), estableció prácticas que comenzaron y crecieron en las circunstancias especiales de la guerra y su final, y sentó un modelo de diplomacia y pacificación para gran parte de la secuela expansionista hispanomexicana en Norte América.<sup>2</sup>

Las dos instituciones más famosas, estables y definibles, nacidas y forjadas en la Frontera Chichimeca, fueron la misión religiosa y el presidio militar, respuestas fundamentales a la hostilidad pagana, al mismo tiempo que las estancias típicas de Aridamérica, el real de minas, las municipalidades de tipo español con su mezcla racial y cultural, y las aldeas indígenas de defensa (es decir, de indios sureños de alta cultura asentados en la frontera para servir como modelos de civilización para los Desnudos)<sup>3</sup> la misión y el presidio se convirtieron

<sup>2</sup> Para historia más detallada de esta guerra y paz, véase Philip Wayne Powell, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, y *Capitán mestizo: Miguel Caldera y la frontera norteña. La pacificación de los chichimecas (1548-1597)*, obras publicadas por el Fondo de Cultura Económica, México; la primera, en 1977; la segunda, en 1980. Las citas para este ensayo están limitadas, en general, a los documentos aún no conocidos al tiempo de escribir estas dos obras, o utilizados en aquel entonces sólo en parte o en contexto distinto.

<sup>3</sup> Para la gente sureña, de cultura mucho más avanzada que la de las naciones chichimecas y sus muchas ramificaciones, la característica sobresaliente de éstos fue su desnudez; y, por supuesto, la ropa de los del sur fue una diferencia muy notable desde la perspectiva de los "encuerados". Así es que, en busca de terminología sencilla y efectiva en un sentido estilístico (para no repetir constantemente la gran variedad de nombres chichimecos y, a la misma vez, no tener que recordar al lector que los del sur fueron muy diversos; europeos, indios, africanos y sus muchas mezclas), he denominado a los

de manera preponderante en pilares de la nueva forma de vida fronteriza. Ambas instituciones se originaron en conceptos básicos mantenidos por mucho tiempo en la memoria del hombre ibérico, esto es, el intento de convertir al enemigo infiel, y erigir murallas de defensa contra sus ataques. Aún así, tanto la misión como el presidio fueron hechura distintiva de la guerra y la paz en la Gran Chichimeca del siglo xvi.

La misión llegó primero, impulsada por la Conquista que se desparramó sobre los bordes sur y oriente del Arco Chichimeca y de Guadalajara hacia el norte. Pero con pocas excepciones, a lo largo de la orilla sur del Despoblado, los misioneros, principalmente franciscanos y algunos agustinos, fracasaron en su intento de convertir a los chichimecas, como lo atestigua una larga lista de frailes mártires de la creciente hostilidad al cristianismo en la nueva frontera. Aún durante la paz, las misiones fueron por necesidad anexas a los presidios y sujetas a los capitanes encargados de la pacificación, la que incluía su construcción, protección y abastecimiento de ellas. Fue, en breve, la paz diplomática de los noventa, la que estableció condiciones para la prosperidad de las misiones que más tarde florecerían lozanamente en confines más distantes.

Como contraste, el innovador uso del presidio no llegó a realizarse sino dos décadas después de comenzada la Guerra Chichimeca, que trajo muerte y devastación mayores —según decires—, que el costo de la Conquista. Pero, de ahí en adelante, los fuertes y guar-niciones se multiplicaron hasta llegar a más de cincuenta en el sistema total. Luego, habiendo demostrado su valía en la guerra y en la paz, esta invención de tan variadas facetas, mantuvo larga vida como básica institución limítrofe en el continente.

La Guerra y la Paz Chichimecas fueron experiencias americanas singulares, sin precedente en la memoria diplomático-militar de los inmigrantes del sur. La extrema rareza de esta lucha, mantuvo a los recién llegados pioneros confundidos y por completo miserables, en particular durante los años cincuenta a sesenta, cuando los guerreros del norte fueron increíble y supremamente afortunados al atacar las nuevas rutas de viaje y los nuevos centros de colonización. En estas décadas, los triunfos de los atacantes aumentaron su audacia y, en efecto, paralizaron a sus víctimas y las llenaron de frustración y miedo. Al finalizar los sesenta, la gente fronteriza, con desesperación, clamaba por ayuda.

Los Desnudos, con superioridad absoluta en el conocimiento de su terreno, tenían todas las ventajas para escoger los mejores lugares para sus emboscadas, sorpresas al amanecer, y ataques vespertinos,

contendientes en esta larga guerra proceso de paz como: "los Desnudos" y "los Vestidos".

y para desplegar su increíble destreza en las artes guerreras y en su pasmosa velocidad para eludir las persecuciones. Su valor intimidaba en combates mano a mano, aun contra jinetes bien armados, y su inventiva para la tortura, mutilación y para arrancar cabelleras, aterrorizaba a sus antagonistas. A más de estas causas de pavor, la desnudez del bravo chichimeca turbaba a sus enemigos; lo poco que llevaba —un taparrabos— se lo quitaban antes de la batalla, “para el efecto”. Luego, la falta —hasta los ochenta— de jefatura efectiva y fuerte, hizo que la diplomacia, aquella notable arma de los españoles del Renacimiento, incluyendo los conquistadores del Nuevo Mundo, fuera prácticamente imposible de ejercer en esta frontera.

Los Vestidos no solamente sufrían las extrañas costumbres de un enemigo cada día más agresivo, sino que venían a ser víctimas de vulnerabilidades que se imponían a sí mismos. La principal de éstas era el supremo desprecio por la primitividad, casi animal, de los nativos del Despoblado, simbolizada en el epíteto “chichimeca” (perro sucio), con que lo apodaban. Tal desdén nutrió una obstinada subestimación de las proezas chichimecas, con la consiguiente falla en hacer una mejor apreciación de este antagonista. Atada a este modo de pensar estaba la memoria fresca aún de la Conquista en las tierras sujetas a la hegemonía azteca, en donde la diplomacia y la iniciativa privadas fueron los ingredientes básicos para alcanzar un éxito tan rápido, éxito que vino a crear un complejo de superioridad vis a vis el nativo americano en general y el nómada salvaje en particular. Y, en la Gran Chichimeca, donde la búsqueda individualista de oportunidades era la regla, bien pequeño era el sentido de obligación que existía para atender a necesidades como la defensa general de la frontera o la implementación de un vasto plan militar.

El talón de Aquiles de aquella migración hacia el norte lo constituyeron las rutas de viaje que unían a los nuevos pueblos y reales de minas con las populosas tierras sureñas. Los caminos de esta frontera atravesaban grandes tramos de despoblado, zigzagueando por los terrenos de caza, de comercio y por los senderos de guerra de los chichimecas, cuyos escondrijos se asentaban en las sierras orientales y occidentales o en nudos de cerros escarpados, de abruptas barrancas.

La ruta vital, por excelencia, fue la de México-Zacatecas, que llegó a ser el primer “Camino del Despoblado” \* en el continente y la arteria principal que eventualmente habría de nutrir a Nueva Vizcaya, Nuevo México, Nuevo León y Texas. Esta “Carretera de Plata” (como yo la llamo) fue oficialmente el “Camino Real de la Tierra Adentro”, apelativo apropiado ya que su propósito principal

\* El más famoso, dos siglos más tarde, fue el “Wilderness Road” de los angloamericanos, que pasó por los Montes Apalaches hasta Kentucky y el Valle de Ohio.

era el de ligar a la nueva gente norteña con la civilización del sur, la vía México-Veracruz, y de ahí la navegación transatlántica.

Fue este el camino que, desde 1550, se convirtió en el blanco favorito de los ataques chichimecas, de sus robos y toma de cabelleras. Y fue esta vulnerabilidad a tales ataques lo que finalmente estimuló al gobierno virreinal a emprender los primeros esfuerzos sistemáticos de defensa contra los Desnudos: la innovación fue lanzada por el cuarto virrey de la Nueva España, don Martín Enríquez de Almanza (1568-1580), y tomó forma en una cadena de fuertes llamados presidios, con soldados que servían de guarnición y escolta, cuyos salarios pagaba la Real Hacienda.

Antes de la llegada de Enríquez (a fines de septiembre de 1568), el gobierno virreinal había hecho muy poco. Tres ligeras entradas punitivo-diplomáticas a principios de los cincuenta, financiadas con fondos privados y oficiales; comisiones *ad hoc* de oficiales de frontera (generalmente el alcalde mayor de Jilotepec, cuya jurisdicción penetraba el Arco Chichimeca), para misiones de defensa y de represalia. En 1567, un teniente de capitán general fue enviado al norte para proclamar la paz y amnistía, propuesta que cayó en los oídos sordos de los chichimecas. Esta pobreza de acción por parte del gobierno, puso toda la defensa en manos privadas, principalmente en los siguientes renglones: 1) Casafuerte de estancia, usada también para el amparo de viajeros; 2) Armas y casafuerte en las nuevas posadas a lo largo del Camino Real (condición virreinal, a veces, para obtener mercedes de tales empresas); 3) Los carros de mayor tamaño, cuyo ir y venir comenzó a ser común en la Carretera de Plata a mediados de los cincuenta, fueron, a las veces, convertidos en pequeños fuertes; 4) Jinetes armados para escolta de las caravanas de carros y carretas; 5) Casas particulares especialmente designadas y reforzadas para resistir ataques, tal como la del famoso Diego de Ibarra, construida en los días primitivos de Zacatecas. En algunos pueblos de indios pacíficos cercanos a la tierra de guerra, se levantaron murallas defensivas y varias iglesias, dentro del perímetro de los asaltos chichimecas, fueron construidas a modo de fuertes.

A su llegada, Enríquez contaba sesenta años y su salud era bien precaria, a pesar de lo cual se empeñaba eficazmente en mantener en alto la autoridad del rey; así actuó con diligencia cuando oyó los ruegos de la gente norteña. Durante 1569, convocó a una conferencia (la primera entre varias) de personas importantes en el reino, para debatir la justicia —o injusticia— de hacer guerra y castigar a los Desnudos y, para el efecto, bien pronto buscó el consejo de fronterizos experimentados. Además, envió al norte dos tenientes de capitán general: el rico y erudito Gonzalo de las Casas y el doctor Francisco de Sande, fiscal de la Audiencia de México.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Archivo General de Indias (AGI), *Contaduría* 675, "Cuenta extraordi-

Como factor estratégico de la mayor importancia, el camino México-Zacatecas recibió la primera ayuda. Antes de que el año 1569 terminase, aparentemente Enríquez tenía ya en construcción los dos primeros fuertes, en Portezuelo y Ojuelos, y había enviado doce soldados asalariados como guarnición. Estos presidios fueron en un principio llamados "casas fuertes", concebidos como versiones más grandes de las casas fuertes usadas en las posadas y estancias.

La construcción de estos primeros fuertes fue encomendada a Melchor de Ávila, alcalde mayor de Jilotepec, siguiendo el precedente de comisionar al poseedor de tal título para deberes defensivos en la Carretera de Plata. El maíz para los trabajadores de estas obras provino de la importante y cercana población indígena de Tula. La Real Hacienda de la Ciudad de México aportó los primeros soldados y los proveyó de armaduras de cuero de res. El superintendente de edificios gubernamentales de esa ciudad proporcionó aldabas, cerrojos, cerraduras, clavos y otros materiales. Estos dos primeros fuertes fueron evidentemente terminados antes del 29 de abril de 1570, cuando Ávila retornó el sobrante de los fondos.<sup>5</sup>

Este recurso se convirtió en sistema desde su comienzo, y así, cinco fuertes más pronto siguieron a éstos en el Camino Real. Popular y poéticamente, el virrey Enríquez recibió crédito por la innovación que había traído a la frontera. La pluma del poeta laureado de la Nueva España, Fernán González de Eslava, celebró el evento con un "Coloquio Espiritual" titulado "De los siete fuertes que el virrey don Martín Enríquez mandó hacer, con guarnición de soldados, en el camino que va de la ciudad de México a las minas de Zacatecas. Para evitar los daños que los chichimecos hacían a los mercaderes y caminantes que por aquel camino pasaban". Este largo título va seguido por una explicación que dice: "Simbolizó el autor este coloquio al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, aplicando los siete fuertes a los siete sacramentos; para que los hombres que caminan de este mundo a las minas del Cielo, se acojan a ellos, donde estarán seguros de los enemigos del alma."<sup>6</sup>

El nuevo virrey tuvo que confiar en hombres de experiencia en esta guerra. Puesto que casi desde el principio había tenido un acerbo confrontamiento con el doctor Sande, es de creer que el consejo mejor oído sobre el concepto de presidio y su planeación fue el del ya

naría (1570)", contiene las cuentas del salario para el generalato de Las Casas. Entre otros datos, hay una carta interesante de Sande al rey sobre su servicio fronterizo, en AGI, *Audiencia de México* 68.

<sup>5</sup> AGI, *Contaduría* 675, *loc. cit.* Llegó a ser normal eximir del tributo a todos los indios que servían en la construcción de presidios (el virrey Martín Enríquez a Luis de Carbajal, 26 de octubre de 1576, AGI *Audiencia de México* 103).

<sup>6</sup> Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas*, México, 1610.

mencionado Gonzalo de las Casas, cuyos breves servicios en el oficio de general (1569 a 1570), le sirvieron para escribir un erudito tratado sobre los chichimecas y la guerra.<sup>7</sup> En él, el autor dio los pros y contras sobre la equidad de la guerra, concluyendo que era justo y legal combatir y castigar a los Desnudos por su manera bárbara de proceder en los asaltos, incendios, robos y asesinatos unida a sus crueldades y salvaje manera de vivir. A tal conclusión concurren las varias conferencias designadas al efecto por Enríquez, pero la decisión de emprender "guerra a fuego y a sangre" fue moderada por restricciones sobre el castigo a los chichimecas. Durante todo el virreinato de Enríquez, el tenor general fue el de una guerra defensiva, basada casi exclusivamente en la protección de caminos por medio de los presidios y escoltas, con los cofres del rey aguantando más y más el costo.

Los presidios de Portezuelo y Ojuelos fueron emplazados al borde del Despoblado, donde éste se desplegaba hacia el noroeste desde la pequeña villa defensiva de San Felipe. Los fuertes más lejanos de Bocas, Ciénega Grande y Palmillas, espaciados más allá de Ojuelos, fueron establecidos con rapidez por el capitán Juan Domínguez, guerrero veterano de la guerra contra los chichimecas, bajo la dirección del doctor Juan Bautista de Orozco, juez de la Audiencia de Guadalajara, encargado específicamente de la supervisión de la guerra en esa jurisdicción. Los otros dos fuertes de los siete cantados en la poesía de González de Eslava, fueron con toda probabilidad los siguientes: El Cuicillo, en el cruce de los caminos de la ciudad de México y de Michoacán, y el Paso de Nieto, en la extensión tan vulnerable entre Querétaro y San Felipe, en donde una parada de carros, estratégicamente colocada, marcaba la bifurcación de la vía México-Zacatecas para aquellos que desearan ir por San Miguel.

Durante el resto de los setenta, el emplazamiento de presidios,<sup>8</sup> ora fuesen fuertes amurallados o guarniciones no fortificadas, en poblaciones o reales de minas, continuaron animados por un concepto de amparo al viajero. Así, fueron construidos los de Tazazalca y Xamay (en el Lago de Chapala), y, cerca de Cuitzeo, San Lorenzo de los Reyes, para evitar los asaltos chichimecas dirigidos al robo de viajeros y mercancías entre México y Guadalajara, capital de la Nueva Galicia. Para protección de los caminos en la montañosa región de Guanajuato, habitat de los Guamares (una de las naciones más agresivas), se establecieron fuertes en los valles del llamado "Po-

<sup>7</sup> Gonzalo de las Casas, *Noticia de los chichimecas y justicia de la guerra que se les ha hecho por los españoles*, en Hermann Trimborn, *Quellen zur Kulturgeschichte des präkolumbischen Amerika* (Stuttgart, 1936), p. 152-185.

<sup>8</sup> En la nota 14 hay una lista, en orden alfabético, de todos los presidios del siglo XVI que he visto mencionados en documentos de esa época.

trero de Jaso" y en el del río Santa Catalina. En el camino principal que partía de Michoacán, fuente importantísima de abastos para la nueva frontera, fue erigido uno en Tepezalá, en 1573, pero éste, así como la colonia allí establecida, hubieron de ser trasladados, para su defensa, a la población de Aguascalientes en el año de 1575. Las ciudades de Lagos y de Guanajuato, generalmente contaron con sendas guarniciones.

Al acercarse el final de la primera década de la política de Enríquez sobre estos presidios, un crescendo en el ataque chichimeca, que duró casi los diez años siguientes, hizo imperativo llevar el concepto de presidios más allá de la simple defensa de los caminos.<sup>9</sup> Las fuerzas de asalto de los Desnudos aumentaron en número y en audacia, hasta el punto que batieron a bien armados contingentes de jinetes en campo abierto. Su peligrosidad en el ataque y la rapidez de su desaparición se aumentaron con el uso de caballos y armas tomados a los españoles, incluyendo hasta arcabuces. El creciente nivel de la beligerancia chichimeca y sus éxitos, mostraba señales de un esfuerzo supremo para librar a su tierra de la cristiandad, recurriendo a la intimidación y aun a la persuasión de indios hasta entonces pacíficos, para que espieran y pelearan contra la soberanía de los blancos y sus aliados.<sup>10</sup> El impacto demostró que el sistema presidial de Enríquez aún no era suficiente.

Don Martín respondió con la orden de establecer nuevos presidios en la Huasteca, donde su favorito, el gobernador Luis de Carbajal y de la Cueva, ejercía su cargo. Uno de estos fuertes, el de Jalpa (1576), marcó el principio de una innovación, es decir, fue básicamente construido para defensa de los indios pacíficos. Fue básico por el virrey como "útil tanto en la guerra como en la paz", prefi-

<sup>9</sup> A pesar de este crescendo general de la guerra, el virrey conde de la Coruña (1580-1583) escribió al rey, en 12 de abril de 1583, para insistir que la defensa de los caminos (incluyendo los soldados de escolta) era la medida más efectiva que se había tomado para aliviar o evitar los daños de los ataques chichimecas y que tal defensa seguía siendo imperativa para lograr que los carros alcanzaran las flotas en Veracruz con seguridad y a tiempo (*AGI, Audiencia de México*, ramo 2, núm. 110). El virrey marqués de Villamanrique, en dos cartas al rey (10 de agosto y 15 de noviembre de 1586), insistió que los soldados se emplearan solamente en defensa de las carretas; y en un resumen excelente de la política presidial de Enríquez, el marqués hizo hincapié en la importancia de limitar la guerra a defender los caminos y a licenciar a todos los otros soldados *AGI, Patronato* 191, ramo 4, y *Audiencia de México*, ramo 4, núm. 135).

<sup>10</sup> Gerónimo de Orozco al rey, 20 de septiembre de 1580, *AGI, Audiencia de Guadalajara* 6, ramo 2. Durante estos años de crisis, llegó a ser común que los criados indios en la región de Guadalajara sirvieran como espías entre los chichimecas en guerra (*Audiencia de Guadalajara al rey*, 21 de abril de 1586, *AGI, Audiencia de Guadalajara* 6, ramo 2).



gurando así el papel que los presidios tomarían en la Paz Chichimeca.<sup>11</sup> A fines de los setenta, nuevos fuertes fueron construidos en el territorio de la Audiencia de México, debido al aumento de los ataques chichimecas allí. Asimismo, el virrey, en 1580, envió más soldados para patrullas de caminos y para la guerra general.<sup>12</sup>

La respuesta virreinal más dramática a la situación de crisis, fue mandar a la frontera al presidente de la Audiencia de Guadalajara, doctor Gerónimo de Orozco, hermano del ya mencionado don Juan. Como siempre, el peligro más grande caía sobre esa jurisdicción, que abarcaba la mayor parte de los reales de minas y poblaciones, así como los caminos del Despoblado, incluyendo la Carretera de Plata en la mayor parte de su curso.

Orozco dirigióse al frente de una pequeña fuerza armada a la Gran Chichimeca a fines de 1580, para evaluar los peligros de la guerra y hallar soluciones. Como parte básica de su reconocimiento general, convocó a una conferencia de los principales capitanes, entre los cuales estaba el ampliamente respetado fronterizo y veterano, teniente de capitán general Rodrigo de Río de Loza, para reunirse en el fuerte del Cuicillo. Algunos de los capitanes, Alonso López, Juan de Soto, Pedro Carrillo Dávila y Cristóbal Caldera, estaban en esos momentos ocupados en entradas de represalia y no pudieron asistir; en cambio, el general y los capitanes Alonso de Vega y Juan Pérez de Frías, hicieron su aparición, y tomaron las siguientes decisiones claves a últimos de noviembre: 1a. Debería hacerse un aumento considerable en el número de presidios; 2a. Se requerían más soldados por el aumento de presidios y mayor necesidad de entradas punitivas y de defensa general, así como para reforzar la escolta de las caravanas de carros; 3a. Para atraer hombres de calidad, los salarios tendrían que ser triplicados, desde 150 pesos a 450 pesos al año.

Para ilustrar la gravedad de la situación mencionaremos que el mismo general Rodrigo de Río de Loza en persona, al final de la conferencia, tuvo que escoltar una cadena de carros que acarrea plata de Zacatecas hacia el sur, la que había estado esperando esta ayuda en el Cuicillo, porque los otros capitanes estaban comprometidos en diferentes lugares. Y la tensión de la crisis tuvo su efecto con la trágica muerte del presidente Orozco, quien falleció en el Cuicillo el 6 de diciembre.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Virrey Enríquez a Carbajal, 8 de junio de 1576, AGI, *Audiencia de México* 103.

<sup>12</sup> Gerónimo de Orozco al rey, 2 de octubre de 1577, AGI, *Audiencia de Guadalajara* 6, ramo 1. Virrey conde de la Coruña al rey, octubre de 1580, AGI, *Audiencia de México* 20.

<sup>13</sup> Puesto que esta conferencia en el presidio-fuerte del Cuicillo fue de tanta importancia en la historia de la Guerra Chichimeca y del sistema de presidios, cito aquí varias versiones de ella y de la muerte de Gerónimo

La Conferencia del Cuicillo constituyó un momento decisivo en la Guerra Chichimeca que sirvió para espolear una intensificada defensa de la frontera. Como directa consecuencia de esta reunión fueron establecidos con premura varios presidios: Sombrerete (Llerena), Fresnillo, Cieneguilla de Portugal, Chalchihuites, Charcas, San Martín, Malpaso, Tlaltenango y una guarnición regular, otra vez, en el fuerte de Aguascalientes. Estos nuevos o reactivados presidios fueron financiados por la Real Caja de Zacatecas.<sup>14</sup>

Una sorprendente circunstancia hizo destacar la necesidad de un fuerte en Malpaso, a cuatro leguas al oeste de Zacatecas. En este peligroso cruce de caminos, y antes de la llegada de Orozco a la región, uno de los más experimentados y famosos capitanes de los setenta, Roque Núñez, perdió su vida en un asalto chichimeca, cuando iba a la cabeza de cuarenta bien armados jinetes, y los sobrevivientes se vieron forzados a huir hacia la casafuerte de una estancia cercana; así se enlazó simbólicamente la relación entre los

de Orozco: Oficiales de Audiencia de Guadalajara, como individuos y colectivamente, al rey en 13 y 24 de diciembre de 1580 y en 8 y 10 de marzo de 1581 (AGI, *Audiencia de Guadalajara* 6, ramo 2); virrey Enríquez al rey, desde Otumba, 15 de diciembre de 1580 (AGI, *Audiencia de México* 20); AGI, *Contaduría* 854, contiene un resumen de la conferencia.

<sup>14</sup> Las cuentas de la Real Caja de Zacatecas de los años 1581-1583 (AGI, *Contaduría* 854) contienen las cantidades desembolsadas para estos presidios, e incluyen los nombres de los soldados, capitanes y caudillos de cada uno. Con estos datos, y otros recopilados durante muchos años, he preparado una relación de todos los presidios que he visto mencionados hasta la fecha que se puede considerar como término oficial de la Paz Chichimeca (1603); la fecha probable de la génesis de cada uno está entre paréntesis, y la letra "F" indica construcción del fuerte.

Acaponeta (1581 o 1582). Aguascalientes (1575) F. Atotonilco (1583) F. Bocas (1570-1571) F. Bocas de Maticoya (1590) F. Celaya (1570s). Chalchihuites (1581). Charcas (1581). Ciénega Grande (1570-1571) F. Cieneguilla de Portugal (1581) F (?), Colegio, El (1583), F. Colotlán (1580s) F. Cuicillo (1570-1571) F. Fresnillo (1570s). Guanajuato (1570s). Jalpa (1576) F. Jaso, Potrero de (1579) F. Fresnillo (1570s). Guanajuato (1570s). Jalpa (1576) F. Jaso, Potrero de (1579) F. Jofre (1579-1580) F. Juchipila (1580s). Lagos (1581). Maguaos (1576-1577) F (?). Malpaso (1580-1581). Maxcala (1578) F. Mazapil (1570s). Nieto, Paso de (1571-1572). Ojuelos (1570) F. Orirapúndaro (1580s). Palmar de Vega (1582) F. Palmillas (1570-1571) F. Orirapúndaro (1580s). Tamaolipa (1599-1600) F (?). Tamaos (1576-1577) F. Tazazalca (1575) F (?). Felipe (1570s). San Francisco (región de Zimapán) (1580s). San Francisco, Valle de (1582-1583) F. San Juan del Río (1582-1583). San Lorenzo de los Reyes (1570s) F. San Luis de la Paz (1590s). San Luis Potosí (1590s). San Martín (1580s). Santa Catarina, Río de (1570s o 1580-1581) F. Santa María del Río (?) (1589-1590). Sinaloa (1594-1595). F. Sombrerete (1580-1581). Tamaolipa (1599-1600) F (?). Tamaos (1576-1577) F. Tazazalca (1575) F (?). Tecozautla (1580s) F. Tepezala (1573) F. Tlaltenango (1581). Tolimán, San Pedro de (1583-1585). Valles (1576-1577). Vueltas, Las (1576) F. Xamay (1570s) F. Xichú 1583-1584). Zimapán (1583-1584) F (?).

presidios y las casasfuertes de defensa privada, que habían sido su prototipo.<sup>15</sup>

Estos años críticos de guerra promovieron una extensa y a veces elocuente evaluación del sistema de presidios, la llamada "Petición de los Estancieros", de marzo de 1582. En este voluminoso documento, los estancieros y capitanes veteranos presentaron una vigorosa demanda pidiendo mayor ayuda gubernamental para defensa de la frontera; y, entre otras cosas, proporcionaron completos comentarios sobre la guerra y sobre los hábitos de los chichimecas. Sus observaciones sobre el sistema de presidios fueron específicas y reveladoras.<sup>16</sup>

1. Los presidios eran a la sazón una aceptable y básica parte de la defensa, pero la protección de los caminos no era su única función. Algunos habían sido construidos (y otros recomendados) para defensa de pueblos de indios pacíficos (Jalpa y Xichú) y para protección de ganados (el del valle de San Francisco).
2. El presidio recomendado para el valle de San Francisco, que pronto se construyó, fue parcialmente cambiado desde su aspecto defensivo hasta un aspecto agresivo en la penetración a propósito a las tierras hasta ahora reconocidas como preserva de los guachichiles, la más fuerte y más grande de las naciones chichimecas. Además de su papel de proteger ganado y vaqueros contra sus asaltos, se creía que tal proximidad a las rancherías guachichiles, aminoraría sus ataques.
3. Aunque el valor de los presidios era reconocido ampliamente, se daba testimonio poco lisonjero acerca de la conducta de los soldados.

El peligro extremado en la última parte de los setenta y la primera de los ochenta, combinado con una creencia general en la eficacia del presidio, estimuló un rápido y extenso crecimiento de la institución. Para 1590, cuando la Paz Chichimeca fue oficialmente reconocida, el número de presidios de la Gran Chichimeca había llegado a más de cincuenta, aunque no todos fueran operativos en un momento dado. Entonces, en lugares tan estratégicos como Bocas de Maticoya, Cuicillo y Colotlán, el fuerte defensivo vino a ser una especie de "agencia de indios", un centro gubernamental para hacer y mantener la política de paz. Este nuevo papel de los presidios, agregado a sus anteriores usos en la extraña guerra impuesta por los nativos nómadas, proporcionó a la institución credenciales de servicio en los confines más lejanos, durante los siglos por venir. Y en esta

<sup>15</sup> Gerónimo de Orozco a Martín Espes, desde Sombrerete, 15 de octubre de 1580, AGI, *Audiencia de Guadalajara* 34, núm. 29.

<sup>16</sup> AGI, *Patronato* 181.

aurora del presidio fronterizo, algunas de sus características asentaban ya las bases de su longevidad.

\* \* \*

Entre todos los atributos institucionales del presidio, aquéllos más generales —y menos susceptibles de medidas precisas— fueron los de mayor significación. Así los presidios de Enríquez —y sus muchos sucesores— fueron fundamento de esa lealtad a la monarquía que contribuyó tanto a la cohesión del vasto imperio de ultramar. Al mismo tiempo que los vasallos de aquel rey distante podían quejarse de que el paso de Enríquez era demasiado corto y demasiado lento, podían ver y tocar las casasfuertes del monarca y las armas reales pintadas en los frascos de pólvora de los arcabuceros, que protegían a toda clase de gentes, en sus viajes y en sus nuevos hogares. Los presidios de Enríquez fueron una prueba positiva de que la monarquía asumía su responsabilidad por la guerra, esta Guerra Chichimeca que con sus peculiaridades y demandas demarcara el final del periodo de la Conquista, es decir, el de la iniciativa privada.

De maneras más íntimas, los presidios afectaron la vida de los pioneros de estos confines. Los fuertes de paredes de adobe eran suficientemente grandes para amparar cuanta gente y animales de carga pudieran llegar, a más de los soldados necesarios y sus monturas.<sup>17</sup> En consecuencia, estos paraderos del Despoblado renovaban y salvaban la vida; eran lugares de encuentro para toda clase de viajeros, para el intercambio de noticias, para el comercio y mercadeo de poca monta; eran oasis y amparos que unían a una gente singularmente heterogénea —veteranos y recién llegados—, vinculada por intereses comunes y por el peligro, bajo el cuidado del rey.

Algunos de los fuertes del siglo xvi llegaron a ser pueblos y ciudades, como era de esperarse de su emplazamiento estratégico y de la corriente de comercio y sociedad que por ellos pasaba. Así, Ojuelos es una ciudad mexicana moderna, pero Portezuelo, su gemela, creada al mismo tiempo, es hoy apenas una ranchería, sin esperanza de crecimiento por su proximidad a la importante ciudad defensiva de San Felipe. Bocas de Maticoya, presidio clave en la pacificación de los guachichiles, es ahora un pueblo pequeño; el fuerte del valle de San Francisco, nacido de la Petición de los Estancieros, es hoy día la Villa de Reyes. Y del Cuicillo, asiento de la Conferencia

<sup>17</sup> Santiago del Riego al virrey Enríquez, desde Zacatecas, 10 de agosto de 1576, AGI, *Patronato* 182, ramo 52. En esta carta, el emisario del virrey describe el fuerte que él estaba construyendo en el Camino Real, en el lugar llamado "Las Vueltas" (cerca de San Felipe). Entre los detalles, menciona que tenían que construir, como primera medida, una de las torres, para que los soldados y trabajadores indios tuvieran refugio y defensa en caso de ataque chichimeca antes de terminar la obra.

de 1580, es muy posible que comenzara la población que eventualmente vendría a ser Ojocaliente. El de Palmillas es ahora una estación del ferrocarril, cerca de la actual Guadalupe, y Tepezalá, al norte de Aguascalientes, casi con seguridad marca la fundación de la villa de ese nombre. Muchos otros presidios, fuertes o simples guarniciones, fueron establecidos en aldeas, reales de minas, o colonias defensivas ya fundadas, que hoy son importantes en la región.

Además de servir como hogares transitorios para la primera milicia, los presidios se utilizaban como lugares de entrenamiento para los recién llegados y los novatos en la guerra. A los aventureros acabados de llegar de Europa o del área de la Conquista, les proporcionaba la oportunidad de servir y ascender en el servicio del rey, o tener una base de subsistencia mientras buscaban minerales o acometían otras empresas. Algunos de los capitanes más importantes en la Guerra y Paz Chichimecas, y en el avance a Nuevo México y a Nuevo León, comenzaron como soldados de presidio.<sup>18</sup>

Algunos de los presidios-fuertes continuaron su vida, convirtiéndose en piedras angulares de la Paz Chichimeca. El séptimo virrey, marqués de Villamanrique (1585-1590), abruptamente trató de dar término al sistema, pues consideraba a los soldados causa de la incesante beligerancia chichimeca y por consiguiente un impedimento a su enérgica política antiesclavista, que se hacía efectiva aún en el caso de que tal esclavitud hubiera estado basada en atrocidades probadas y captura de guerra.<sup>19</sup> Esta política virreinal grandemente alarmó al pueblo norteño y especialmente a aquéllos más experimentados en la guerra; la ola creciente de oposición evitó que tan drástico paso se llevara al cabo. En consecuencia, muchos de los presidios y sus soldados estaban en su sitio cuando la guerra dio fin y la paz comenzó.

El virrey don Luis de Velasco (1590-1595) fue mucho más prudente que Villamanrique en su política relacionada con las costumbres del Nuevo Mundo, pues favoreció con entereza la existencia de los presidios. Don Luis había vivido largo tiempo en tierra mexicana, había ido a la guerra contra los Desnudos y se le daba crédito por la fun-

<sup>18</sup> Muchos ejemplos, incluyendo el del protagonista, se encuentran en Powell, *Miguel Caldera*. Uno de los más famosos es el tema de Vito Alessio Robles, *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España* (México, 1931), presentado en forma novelesca en Philip Wayne [Powell], *Ponzoña en Las Nieves* (Madrid, 1966).

<sup>19</sup> Véase especialmente Powell, *Miguel Caldera*, p. 107-115, para la política del marqués de Villamanrique en la Guerra y Paz Chichimecas. Este virrey escribió que, cuando llegó a la Nueva España, "la cosa que más cuidado daba en esta tierra era la guerra contra los chichimecos...", Memorial a su sucesor, Texcoco, 14 de febrero de 1590 (AGI, 58-3-15). Pocos aún son los historiadores de México que reconocen la importancia de la larga y costosísima Guerra Chichimeca, o el gran significado de la pacificación fronteriza que emprendió este virrey.

dación del fuerte de Atotonilco. Apoyó la política general de paz que había iniciado el marqués —mezcla de diplomacia, protectoría, aprovisionamiento de los chichimecas y ahora una más factible empresa misional— pero él desconfiaba de los bárbaros y miraba con cierta cautela el abandono del sistema de presidios que parecía probado y popular.

Algunas de sus funciones y concomitantes episodios muestran al presidio como una agencia de paz. Los capitanes, con frecuencia servían como comisionados del virrey para proteger a los recién llegados indios chichimecas pacíficos, supervisaban la distribución de las mercaderías de paz, principalmente comida y vestido, así como utensilios de casa, frazadas, implementos agrícolas, y su enriquecimiento cultural por medio de instrumentos musicales y libros de lectura. Estos capitanes-protectores también se encargaban del almacenamiento de provisiones mientras llegaba la hora de su distribución, y estaban cometidos a educar a los ya no tan desnudos, en las labores agrícolas, para lograr que un día pudieran manejarse por sí mismos. En este último proceso, algunos veteranos de presidios recibieron nombramientos virreinales como labradores, a 500 pesos por año, para servir como maestros y educadores de los chichimecas (ahora llamados "Gente del Rey") en la producción agrícola. Las mismas prácticas que se usaron para utilizar a los soldados de presidio en esta paz comprada, vinieron a caracterizar los métodos hispano-mexicanos posteriores, en otras fronteras, como la de la Alta California.

Los capitanes que habían ascendido a través del servicio presidial y militar, se convirtieron en jefes diplomáticos y proveedores (con sus propios recursos, así como con las reales provisiones de paz), induciendo a los chichimecas a una vida pacífica y establecida. Al ejecutar estas obras, por lo general, iban acompañados de frailes franciscanos, pero los capitanes asumían la principal responsabilidad como protectores; fueron los iniciadores y promotores de la paz, y de todos los Vestidos, llegaron a ser los más respetados por los Desnudos, quienes les tenían gran confianza. Los jefes indios y los principales de sus tribus, con frecuencia adoptaban los nombres de los capitanes españoles de importancia, o del mestizo capitán Caldera. Y debe recordarse que, desde el principio de la guerra, los chichimecas habían mostrado extrema hostilidad a la cristiandad, a sus misioneros y a los indios convertidos a ella.

Este último punto necesita énfasis pues es el corazón mismo de las relaciones presidio-misioneras en esta primera frontera. Los capitanes de presidio, así como otros soldados de estos confines pagados por el rey, fueron, fundamentalmente, elementos defensivos de la frontera en general, y de sus hogares en particular. De ahí que los capitanes se convirtieran en fomentadores de la paz. Fue esta pacificación, supervisada por oficiales del estado secular, lo que hizo po-

sible el éxito de la misión religiosa como otra extensión de la conciencia del rey. Los frailes quedaron, así, desempeñando un papel secundario, aunque básico.<sup>20</sup> De esta experiencia inicial creció el paralelismo del presidio y la misión en confines posteriores de migración mezclada, de guerra y diplomacia en las tierras de gentes primitivas y nomádicas. Conflictos entre las dos instituciones comenzaron en esta frontera chichimeca y perduraron hasta el crepúsculo de su papel en el continente. Esta manera abrasiva, sin embargo, fue inevitablemente eclipsada por más fuertes intereses comunes, uno de los cuales, y no el menor, fue el de la supervivencia misma, con diplomacia imperial y con el uso de las armas como último recurso.

Varios episodios dan prominencia al presidio como agencia de política indiana en la frontera. Ya hemos visto el fuerte del Cuicillo como sitio de reunión para tomar decisiones importantes cuando la Guerra Chichimeca llegó a su clímax militar. Este fuerte, en 1591, sirvió de nuevo como punto base cuando los capitanes principales, entre los cuales se encontraba de nuevo aquel mismo general Rodrigo de Río de Loza de la Conferencia de 1580, se reunieron allí para arreglar la distribución en toda la frontera de cerca de mil tlaxcaltecas que servirían como modelos de civilización para los neófitos y para consolidar la paz. Allí se halló también Miguel Caldera, a la sazón justicia mayor de la Paz Chichimeca, promotor y supervisor de la colonización tlaxcalteca. Sin duda que habría más de una escena pintoresca y conmovedora cuando los descendientes de los aliados de Cortés vinieron de nuevo a servir al rey en la expansión de la civilización cristiana. Los tlaxcaltecas, llegando al Cuicillo en cien carros grandes, indudablemente formaron la caravana más larga que había recorrido el Camino Real.<sup>21</sup>

En el año siguiente, el fuerte del valle de San Francisco sirvió como escenario para un gran evento en la historia minera de la frontera. Fue ahí en donde un indio informó al capitán Caldera de la plata existente en las vecinas lomas, que pronto llevarían el nombre de "Cerro de San Pedro". El capitán, entonces, organizó la expedición para abrir las vetas que más tarde habrían de servir de base

<sup>20</sup> La distribución de los "regalos de paz" (comida, ropa, etcétera) a los chichimecas tenía que ser hecha "hallándose presente uno de los religiosos que los administraban y doctrinaban para que le cobrasen amor", Instrucciones dadas al capitán Miguel Caldera en, Conde de Monterrey visita de la Frontera (CMFV), "Cuaderno", AGI, *Contaduría* 854.

<sup>21</sup> Véase especialmente, Powell, *Miguel Caldera*, p. 194-210. La única caravana de semejante tamaño de que tengo noticia, fue de 80 carros, asaltada por chichimecas el año 1579 (Deán y Cabildo de la catedral de Guadalajara al rey, 2 de marzo de 1579, AGI, 66-5-10, en Francisco Orozco y Jiménez, ed., *Colección de documentos históricos, inéditos o muy raros, referentes al arzobispado de Guadalajara* [6 v., Guadalajara, 1922-1927], V, 165).

para la fundación de la ciudad de San Luis Potosí, centro prestigioso político militar hasta fines del periodo español.

En el mismo año de 1592, el fuerte de Colotlán, situado en el borde oeste del Arco Chichimeca, siempre arriesgando los asaltos de los indios hostiles de las sierras de Nayarit, vino a servir de escenario a una dramática crisis. En abril, los guerreros de San Andrés atacaron a los colonizadores tlaxcaltecas más cercanos, sin razón alguna, matando alrededor de sesenta. Los sobrevivientes, incluyendo a su padre guardián, huyeron al presidio de Colotlán. El capitán Caldera, por órdenes del virrey Velasco, apresuró a abandonar su nuevo descubrimiento minero y sus demás deberes de pacificación, para ayudar, con un contingente de aliados voluntarios guachichiles, guiados por dos de sus caudillos que llevaban su nombre, a sofocar el levantamiento. Lo hizo con una fuerza mínima, y con la diplomacia que realizó siempre la creciente reputación que tenía, por su "buena mano" con los Desnudos. La base para esta expedición fue el presidio de Colotlán. Dos siglos más tarde, este mismo lugar, sirviendo todavía como sitio defensivo contra los indomables Tepeques, repitió el eco del sistema de fuertes fronterizos de antaño.

El presidio fue mucho más que paredes de adobe en tierra yerma; su importancia histórica estriba, por supuesto, en el hecho de que lo formaba un puñado de hombres (con o sin fuerte) cuyo emplazamiento en la frontera manifestó la determinación de establecer una vida civilizada en esa difícil tierra. En cierto modo, estos soldados fueron la contraparte nomádica de las rancherías estratégicas del escurridizo enemigo. Pero los recién llegados a la Gran Chichimeca eran también descendientes de los soldados colonizadores romanos y de los guerreros de los siete siglos de la reconquista ibera.<sup>22</sup> Al mismo tiempo que recibían el pago del rey por sus servicios en el presidio, establecían en la tierra sus hogares y familias. Y, como ya lo hemos visto, fueron ellos los que por fin atrajeron a los Desnudos a una congregación pacífica y a su educación bajo la protección del presidio.

Menos ensalzados aún que la frontera que defendían, estos soldados merecen más reconocimiento del que se les ha otorgado. Su vida fue dura en extremo, en una tierra hostil. Su escasa paga fue con frecuencia demorada por la distancia y por la burocrática procrastinación. Algunas veces hubieron de servir sin salario, cuando no había fondos disponibles, sólo por amistad o por lealtad a un capitán o general.<sup>23</sup> En ocasiones se encontraron rodeados y sin salida por los

<sup>22</sup> Un ejemplo, entre muchos: Pedro Benito, íntimo amigo y ayudante del capitán Miguel Caldera, fue comisionado por el virrey Velasco, en 1593, como "soldado que ha de asistir [en el presidio de Las Bocas de Maticoya] con su casa, mujer e hijos" (CMFV, "Cuaderno"), AGI, *Contaduría* 854.

<sup>23</sup> Un ejemplo: Santiago del Riego tuvo que enviar a cinco de sus ami-



asaltos chichimecas al fuerte mismo, u obligados a abandonar un presidio ante la fuerza de un ataque.<sup>24</sup> Uno de sus deberes frecuentes fue el cobro de los cadáveres de las víctimas para darles sepultura, y a veces eran tantas que las tenían que traer a carretadas.<sup>25</sup> Durante su servicio de guarnición en alguna ciudad o real de minas, tenían que depender de la generosidad de los vecinos para su alimentación y abrigo.<sup>26</sup> Y aquellos a quienes defendían los criticaban por no pagar sus deudas, los acusaban de holgazanería o de jugar su equipo al azar, con el consecuente menoscabo de su servicio.<sup>27</sup> Agregadas a todas estas dificultades, los soldados tenían que cubrir, entre todos, los salarios de los desertores que habían recibido su paga por adelantado.<sup>28</sup> Sus vidas, asimismo, estaban a veces especialmente amenazadas por la falta de la pólvora. En unos pocos casos, ciertos hombres fueron sentenciados a servicio de presidio, como castigo por violar la ley, ilustrándose así otro significado de la palabra presidio.<sup>29</sup>

A pesar de que estos presidiarios, por lo general, estaban mal pagados y peligrosamente mal equipados, y se enfrentaban a muerte súbita u horrible mutilación, mientras soportaban los aguijones de la gente fronteriza, ha de recordarse siempre que fueron los defensores del avance de la civilización en esas tierras desoladas y émulos de los mejores soldados (los españoles) del Renacimiento y de la Refor-

gos, sin sueldo, para constituir la primera guarnición del presidio en "Las Vueltas", porque no había fondos disponibles para el efecto, y todos los otros soldados asalariados estaban destinados a servicio en otras partes, Carta al virrey Enríquez, desde Zacatecas, 10 de agosto de 1576 (AGI, *Patronato* 182, ramo 52).

<sup>24</sup> Gerónimo de Orozco al rey, desde Zacatecas, en 20 de septiembre de 1580 (AGI, *Audiencia de Guadalajara* 6, ramo 2). El conde de la Coruña al rey, 15 de octubre de 1581, describe cómo dos soldados y un fraile habían sido asediados en el fuerte de Jalpa, y tuvieron que abandonar este presidio a los indios acometedores, los cuales destruyeron el fuerte (AGI, *Audiencia de México* 20, ramo 2, núm. 68).

<sup>25</sup> Así, Cristóbal de Ontiveros, veterano soldado presidial y de patrulla, como testigo en la Petición de los Estancieros (1582), dice que ha visto "los caminos llenos de hombres muertos, y [hay que] llevarlos a carretadas a las iglesias y pueblos cercanos a enterrarlos..." (AGI, *Patronato* 181).

<sup>26</sup> Así, Juan del Río, combinación típica de mercader, minero y soldado, que pretendió ser el primero que abrió para carros el camino Zacatecas-Mazapil, hospedó y aprovisionó, a su propia costa, muchos soldados de guarnición en Mazapil ("Información de servicios", AGI, *Audiencia de Guadalajara* 47, núm. 18).

<sup>27</sup> Testimonio en la Petición de los Estancieros, AGI, *Patronato* 181. También se encuentran en las cartas del virrey marqués de Villamanrique al rey muchas críticas del comportamiento de los soldados fronterizos.

<sup>28</sup> Archivo Histórico de Hacienda (México), *Tesorerías*, legajo 1505; y AGI, *Audiencia de México* 324.

<sup>29</sup> Audiencia de Guadalajara al rey, 2 de octubre de 1577, 11 de diciembre de 1581 y 6 de noviembre de 1585 (AGI, *Audiencia de Guadalajara* 6, ramos 2 y 5).

ma en Europa, siendo algunos de ellos veteranos de tales servicios. No pocos estuvieron muy cercanos al ingenio y fortaleza de los hombres de la conquista cortesiana. Dados tales antecedentes, no es sorprendente que ellos y sus capitanes alcanzaran y estructuraran la Paz Chichimeca por medios diplomáticos, estilo renacentista y cortesiano. Al hacerlo, consolidaron el presidio hispano-mexicano como una institución de continuidad en la frontera; "útil", como el viejo don Martín Enríquez había dicho, "tanto en paz como en guerra".

En suma, este primitivo presidio de la frontera fue una respuesta imperial a uno de los más difíciles dilemas de la post-conquista novohispana. Y su éxito en la guerra defensiva y en la paz hizo posible, más fácil y factible, la prosperidad de otras instituciones fronterizas como la misión, el real de minas, las municipalidades y las haciendas de ganado y labor típicas de Aridamérica.